

La isla de Candía en la diplomacia Hispano-Veneciana (1665-1669) *

The island of Candia in the Venetian-Hispanic diplomacy (1665-1669)

María del Pilar MESA CORONADO
Universidad de Castilla-La Mancha

Resumen:

El presente estudio se centra en uno de los factores esenciales de la política internacional de la Monarquía Hispánica en el Mediterráneo a comienzos del reinado de Carlos II: la expansión otomana por el Mediterráneo oriental y, en este sentido, su principal foco durante estos años, la isla de Candía, en disputa entre venecianos y otomanos desde 1645. Este conflicto influyó en la diplomacia hispano-veneciana, caracterizada durante este periodo por los intentos de la monarquía española por evitar la pérdida de este antemural de la Cristiandad e imposibilitar un tratado de paz entre la República de San Marcos y Constantinopla, que dejase expuestos sus dominios italianos a la invasión otomana.

Palabras Clave: Monarquía Hispánica; República de Venecia; Imperio Otomano; Guerra de Candía; Defensa; Diplomacia; 1665-1669.

Abstract:

This study is focused in one of the most important factor of the international policy of the Hispanic Monarchy in the Mediterranean at the beginning of Charles II reign: the ottoman military expansion in the eastern Mediterranean, above all in the island of Candia, in hard dispute between venetians and ottomans from 1645. This conflict affected to the Hispanic-Venetian diplomacy, that was characterized by the Spanish Monarchy' attempts to avoid the loss of this bulwark of the Christianity and to prevent a peace treaty between the Republic of Venice and the Turks, which would leave in serious risk their Italian lands to the ottoman military invasion.

Keywords: Hispanic Monarchy; Republic of Venice; Ottoman Empire; War of Candia; Defense; Diplomacy; 1665-1669.

Al hablar del Mediterráneo y de los conflictos político-militares desarrollados en este mar interior durante el siglo XVII debemos, lógicamente, retrotraernos a los sucesos acontecidos en el último cuarto del siglo XVI y relacionados con la batalla de Lepanto.

La batalla de Lepanto ha sido interpretada por autores como Fernand Braudel como un hito histórico que marcó el inicio del posterior abandono del Mar Mediterráneo, tanto por la Monarquía Hispánica como por el Imperio Otomano.

Fecha recepción del original: 19/02/2011 – 09/03/2013

Versión Definitiva: 08/05/2013

Dirección: Dpto. Historia. Univ. Castilla-La Mancha, 13071, Ciudad Real

mecomapil@gmail.com

* El presente artículo forma parte de las investigaciones desarrolladas con motivo de la tesis titulada “*Sicilia en la defensa del Mediterráneo en tiempos de Carlos II*”, financiada con una Beca FPI de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha en el marco del Programa Operativo cofinanciado por el Fondo Social Europeo.

Para esta corriente historiográfica, la lucha entre las dos grandes potencias dejó paso a la piratería, que sustituyó a la gran guerra en el Mediterráneo. A su vez, Lepanto habría marcado el fin de la creencia en la inferioridad de la Cristiandad frente a los otomanos, dando paso a la idea de la decadencia de la Sublime Puerta, al menos en el aspecto militar marítimo¹.

Todo parece indicar que Lepanto fue una victoria no aprovechada por la Cristiandad, mientras que para el Imperio Otomano significó un periodo de crisis en el prestigio y en la autoridad del sultán, así como la renuncia a la expansión por el Índico, pues debía concentrarse en reemplazar las pérdidas sufridas por la flota².

El periodo de decadencia del Imperio Otomano iniciado a finales del siglo XVI habría estado motivado, según Angelo Tamborra, por la difícil situación interior del imperio, debido a las intrigas surgidas en el harem y a la falta de preparación de los nuevos sultanes³. La administración del imperio había quedado en manos de las sultanas madres y de los principales dirigentes del harem, lo que debió fomentar la aparición de las facciones y la elección de los visires según su pertenencia a la facción dominante, y no por sus conocimientos. Además, se habría manifestado en un empeoramiento de la organización militar debido a la pérdida de la disciplina en el ejército, así como en un incremento de las insurrecciones, motivadas por la creciente autonomía de los gobernadores provinciales. En el aspecto económico, los problemas del imperio podían explicarse por la falta de adaptación a la nueva situación económica del mercantilismo europeo y la revolución de los precios, lo que había derivado en un progresivo aumento de la inflación y del desabastecimiento. A ello se unió la presión fiscal ejercida por la administración, con el fin de obtener recursos con los que hacer frente a la política expansionista⁴.

¹ BRAUDEL, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, 2005, vol. II, pp. 257, 285, 604-607 y 656.

² RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional*, Madrid, 2008, p. 195; IMBER, Colin, *El Imperio Otomano, 1300-1650*, Barcelona, 2004, p. 78.

³ TAMBORRA, Angelo, *Gli stati italiani, l'Europa e il problema turco dopo Lepanto*, Firenze, 1961, pp. 4-7.

⁴ MANTRAN, Robert (dir.), *Histoire de l'Empire Ottoman*, Poitiers, 1989, p. 227; PLATANIA, Gaetano, "Diplomazia e guerra turca nel XVII secolo. La politica diplomatica polacca e la 'lunga guerra turca' (1673-1683)", *I Turchi, il Mediterraneo e l'Europa*, Milano, 2008, pp. 242-253; GUÉZE, Raoul, "Unici nel loro genere. Devsirme e giannizzeri fra Cinquecento e Seicento", *I Turchi, il Mediterraneo e l'Europa*, Milano, 2008, p. 171; GONZÁLEZ CUERVA, Rubén, "Los Balcanes y el valle del Danubio bajo el dominio turco (1526-1699)", *España y Rumanía. Espacios, sociedades y fronteras*, Cuenca, 2002, p. 84; y GOFFMAN, Daniel, *The Ottoman Empire and Early Modern Europe*, Cambridge, 2007, p. 115. Sobre las relaciones de poder entre la administración central y las fuerzas provinciales a través de las diferencias en el sistema monetario otomano, vid. PAMUK, Sevket, "The Ottoman monetary system and frontier territories in Europe, 1500-1700", en *International Journal of Turkish Studies*, 9 (2003), pp. 175-182.

Sin embargo, el Imperio Otomano consiguió hacer frente a estos problemas y mantuvo su poder durante otros tres siglos. Según Daniel Goffman, la delegación del poder en manos de las sultanas madres no habría ocasionado sólo debilidad, pues con ella se había protegido el trono mediante la conservación del poder en la unidad principal del imperio: la familia. La historiografía más reciente ha matizado la hipótesis de la decadencia después de Lepanto, pues el Imperio Otomano pronto recuperó su poder militar a través de su flota y continuó constituyendo una amenaza en el siglo XVII⁵. La Sublime Puerta retomó en muchas de sus regiones una vitalidad económica y burocrática generándose una estabilidad política que propició algunos éxitos militares, gracias a una eficiente burocracia que le permitió superar los problemas derivados de las crisis palaciegas⁶.

De hecho, pese a los cambios experimentados en el aspecto militar a lo largo del siglo XVII y a las derrotas sufridas a finales del mismo, se le siguió considerando como un *gran poder* por parte de las potencias europeas. Todavía en el XVIII se hablaba de su habilidad en el ámbito de la guerra, algo que quedaría constado a través de los conflictos a los que hizo frente entonces⁷.

Durante este periodo, la Sublime Puerta mantendrá una serie de guerras motivadas por cuestiones de razón de Estado más que por la antigua idea de una *guerra santa contra el infiel*⁸.

1. La conquista otomana de Candía

En 1640 moría el sultán Murat IV, bajo cuyo mandato, el Imperio Otomano había mejorado considerablemente su situación. Se había restablecido la paz interior, los enemigos exteriores habían sido vencidos y se habían mantenido buenas relaciones con las potencias occidentales⁹.

Su sucesor, Ibrahim, fue considerado una persona de escasa visión política. Muestra de ello fue el inicio de la guerra de Candía. Convencido por Jusuf bajá, le declaró la guerra a Venecia en 1645 aprovechando una acción maltesa. En 1644, unos corsarios malteses capturaron un barco otomano que transportaba, entre

⁵ GOFFMAN, Daniel, *op. cit.*, pp. 125 y 159; y WILLIAMS, Phillip, “The sound and the fury: Christian Perspectives and Ottoman Naval Organization, 1590-1620”, *Mediterraneo in armi* (secc. XV-XVIII), Palermo, 2007, vol. II, p. 558.

⁶ GOFFMAN, Daniel, *op. cit.*, p. 192; MURPHEY, Rhoads, *Ottoman Warfare, 1500-1700*, London, 1999, p. 103; INALCIK, Halil y QUATAERT, Donal (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire*, 1st ed., reprinted, Cambridge, 2004, pp. 552-553; ABOU-EL-HAJ, Rifa’at Ali, *Formation of the Modern State. The Ottoman Empire Sixteenth to Eighteenth Centuries*, New York, 2005, p. 5.

⁷ MURPHEY, Rhoads, *op. cit.*, p. 53. Para profundizar en la situación del ejército otomano y en su financiación durante los siglos XVI y XVII, véanse las pp. 35-63.

⁸ *Ibid.*, pp. 145-146.

⁹ MANTRAN, Robert (dir.), *op. cit.*, p. 235.

otros, a una favorita y a un hijo del sultán. La respuesta otomana fue el ataque a Creta. La decisión estuvo condicionada por el deseo del sultán de conquistar la isla de Creta, dada su condición de enclave en el Mediterráneo oriental desde donde se habían realizado los ataques al comercio otomano por parte de corsarios latinos, especialmente malteses. Además, se hallaba en mal estado defensivo lo que constituía una ventaja para el imperio. De esta manera, aprovechando la situación de Creta en la ruta de los malteses, se acusó del ataque maltés a los venecianos. El inesperado ataque hizo posible el rápido avance de los otomanos por la isla, que se debió en parte al descontento de la población cretense, en su mayoría ortodoxos griegos, que contrarios al gobierno de los venecianos no se opusieron a la invasión. Además, Venecia no pudo contar con el apoyo exterior de potencias como el Sacro Imperio, Francia o España, envueltas en la Guerra de los Treinta Años, a lo que se unía la vinculación comercial de Holanda e Inglaterra con el sultán. Sin embargo, a partir de 1647, cuando se desvaneció el factor sorpresa, comenzó a demostrarse la superioridad naval de Venecia. Durante la primera mitad del siglo XVII, la república había controlado la construcción de los galeones de guerra, un tipo de barco que se iría imponiendo en el mar Mediterráneo, y con el que los otomanos todavía no estaban familiarizados, pues la única función de su flota había sido rechazar los ataques de saqueadores en el Mediterráneo oriental y en el Mar Egeo, e impedir las rebeliones en sus territorios¹⁰.

En 1648 una insurrección en la capital destronaba a Ibrahim heredando el trono su hijo de siete años, Mehmet IV. En un primer momento la persona que influyó en el gobierno fue su abuela, la sultana Kösem, hasta que fue asesinada en 1651. Desde entonces, el poder pasó a la madre de Mehmet, Turhan. En 1656, tras la destrucción en los Dardanelos de la flota otomana por parte de los venecianos, Turhan decidió entregar parte de su poder a Köprulu Mehmet bajá, al que nombró gran visir. Desde aquel momento, el Imperio Otomano albergó la esperanza de una nueva prosperidad a través de la reorganización de las fuerzas armadas, la consolidación de las finanzas, la disminución de la corrupción política y los nuevos éxitos militares. Sería el hijo de Köprulu, Fazil Ahmet el que llevase a la Sublime Puerta a la victoria en Candía en 1669¹¹.

¹⁰ BROGINI, Anne, *Malte, frontière de Chrétienté (1530-1670)*, Rome, 2006, pp. 534-537; GOFFMAN, Daniel, *op. cit.*, p. 215; IMBER, Colin, *op. cit.*, p. 327; SELLA, Domenico, *L'Italia del Seicento*, Roma, 2003, p. 17; y SETTON, Kenneth M., *Venice, Austria, and the Turks in the Seventeenth Century*, Philadelphia, 1991, p. 107 y 132. Sobre la actitud de los griegos en las posesiones sometidas a los venecianos, vid. PAPADIA-LALA, Anastassia, "I Greci fra Venezia e i Turchi nell'arco della lunga durata", *I Turchi, il Mediterraneo e l'Europa*, Milano, 2008, pp. 185-196. Según A. Papadia-Lala, la actitud de los griegos fue cambiante a lo largo del tiempo. No obstante, generalmente los estamentos superiores y burgueses apoyaron la política veneciana, a diferencia de los estamentos inferiores, sometidos a una fuerte opresión económica y social que tendieron a favorecer a los otomanos en sus conflictos con los venecianos.

¹¹ IMBER, Colin, *op. cit.*, p. 99; SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, pp. 165-166; CANCELILA, Rossella, "Introduzione. Il Mediterraneo assediato", *Mediterraneo in armi (secc. XV-XVIII)*, Palermo, 2007,

A mediados del siglo XVII, la Sublime Puerta se expandía por tres continentes: Europa, Asia y África. En los territorios de Europa y del Mediterráneo, este imperio llegaba a la península balcánica, al sur de los ríos Danubio y Sava, y las tierras de Hungría central. Además, los principados de Transilvania, Valaquia, Moldavia y Crimea, eran sus tributarios. Y en el Mediterráneo, controlaba gran parte de las islas del Egeo y Chipre¹².

Entre 1659 y 1661 los turcos estuvieron presentes en varios frentes: contra Francisco I Rakoczy en Transilvania, contra los venecianos en Creta, Dalmacia y el Archipiélago y contra los cosacos en el área del Mar Negro¹³. Por otra parte, desde la firma del Tratado de los Pirineos, Venecia pudo contar con la ayuda francesa, a la que se unieron progresivamente otras potencias. Entre 1662 y 1664 las hostilidades entre venecianos y otomanos disminuyeron en Candía, motivada esta reducción por la guerra que enfrentaba al Imperio Otomano con el Sacro Imperio en Hungría. En este contexto, el papa Alejandro VII propuso la creación de una liga antiturca. Sin embargo, y a pesar de que España autorizó al embajador Luis Ponce de León, Francia al cardenal Antonio Barberini, la República de Venecia al embajador Basadonna y el Sacro Imperio al marqués Mattei, no se pudo concluir ninguna liga. En 1664 el conflicto entre otomanos y austríacos finalizaba con la paz de Vásvár. Por ella, los turcos conservarían Grosswardein y Neuhausel en el sur de Eslovaquia¹⁴.

Desde aquel momento, el sultán otomano quedaba liberado del frente centroeuropeo y podía concentrarse en la conquista de Creta. A mediados de 1665, los otomanos controlaban la mayor parte de la isla mientras los venecianos confiaban en el envío de la armada veneciana con el fin de evitar que los turcos pudieran abastecer a los suyos en el frente. Además, tenían prevista la próxima partida del marqués de Ville con sus fuerzas y se estaban planteando el comienzo de la guerra ofensiva en Candía¹⁵. En diciembre de 1665, se tenía noticia en la embajada en Venecia de que los venecianos habían elegido como proveedor general a Francesco Morosini, antiguo capitán general y que en Candía los turcos tenían una fuerza de 12.000 hombres¹⁶.

El año 1666 estuvo marcado por los fracasos en el bando veneciano. Las galeras maltesas se retiraron sin llevar a cabo una verdadera ofensiva contra los turcos y la flota veneciana se trasladó en el invierno a las islas de Andros y Paros. A ello se añadió que el gran visir Ahmed intensificó las acciones en la isla

vol. I, p. 59; y SHAW, Stanford J., *History of Ottoman Empire and Modern Turkey*, Cambridge, 1977, pp. 207-213.

¹² *Ibid.*, p. 19.

¹³ SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, p. 190.

¹⁴ JACOV, Marko, *L'Europa tra conquiste ottomane e leghe sante*, Città del Vaticano, 2001, p. 110; GOFFMAN, Daniel, *op. cit.*, p. 192; y SELLA, Domenico, *op. cit.*, p. 17.

¹⁵ A.G.S., Estado, leg. 3.561, doc. 40.

¹⁶ A.G.S., Estado, leg. 3.561, doc. 60.

de Creta donde envió 9.000 hombres¹⁷. A comienzos del año 1666 Pedro Juárez, secretario de la embajada en Venecia, comunicaba al secretario del Consejo de Estado que la armada veneciana ya se encontraba cerca de la isla¹⁸.

Esta ayuda se vería mejorada por la presencia de Giron François, marqués de Ville, quien estaba acompañado por el maestro suizo de artillería, Johann Werdmüller. Ambos eran oficiales y empleados del duque de Saboya, quien contribuía así a la defensa de Creta. El 26 de febrero llegó a Suda de donde partió hacia Canea. Allí Werdmüller advirtió al marqués de la presencia de gran número de turcos. El marqués decidió enfrentarse a ellos, pero viendo Werdmüller la caballería en peligro avanzó con la infantería. Los turcos los atacaron y causaron un importante número de muertos frente a las pocas bajas sufridas por ellos, lo que conllevó un enfrentamiento por las decisiones tomadas entre el marqués y Werdmüller. El marqués consideró entonces oportuno el abandono de Canea y el traslado al campamento cristiano de Candía donde llegaron el 6 de marzo¹⁹.

En abril de aquel año Pedro Juárez informaba que la armada veneciana, tras haberse frustrado su desembarco en Suda por el mal tiempo de la zona, se trasladaba a la plaza de Candía. Añadía además que se tenía como posible la partida de las galeras de la Orden de Malta en ayuda de Venecia²⁰. Sin embargo, a mediados de año la situación de los venecianos y sus aliados no había mejorado pues el número de infantes se había reducido a causa de las enfermedades y los caballos tan sólo eran 200 por la falta de alimento para ellos. Mientras, al otro lado los otomanos habían recibido en Canea la llegada de nuevos refuerzos²¹.

El estado deficiente de la defensa veneciana motivó la retirada de parte de los hombres a la isla del Zante con el fin de conseguir su recuperación. Las dificultades se vieron incrementadas con las peticiones de licenciamiento del marqués de Ville y Werdmüller, que la República intentaba evitar por todos los medios. Además, en la zona de Dalmacia la presencia de los otomanos había aumentado por lo que el general veneciano, Andrea Corner, reiteraba sus peticiones destinadas al envío de efectivos²².

En diciembre de 1666, Pedro Juárez comunicaba las últimas noticias sobre la guerra en Candía. En ellas se mencionaba la llegada de 46 galeras otomanas con nuevos refuerzos a Canea. Desde el interior de la plaza de Candía se pedían nuevos refuerzos a la Serenísima por la carencia de artillería y de gente destinada en la armada. Se consideraba que el frente veneciano estaba en grave peligro dada la falta de efectivos mientras que los otomanos continuaban recibiendo más socorros²³.

¹⁷ SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, p. 193.

¹⁸ A.G.S., Estado, leg. 3.561, doc. 73.

¹⁹ A.G.S., Estado, leg. 3.561, doc. 79.

²⁰ A.G.S., Estado, leg. 3.561, doc. 77.

²¹ A.G.S., Estado, leg. 3.561, doc. 94.

²² A.G.S., Estado, leg. 3.561, docs. 102 y 103.

²³ A.G.S., Estado, leg. 3.562, doc. 14.

El año 1667 comenzaba en los mismos términos. En abril, Gaspar de Teves Córdoba, segundo marqués de la Fuente y embajador en Venecia, transmitía a la reina las últimas informaciones sobre la guerra de Candía. Según éstas, el gran visir había amenazado a la República de Venecia con grandes preparativos. Si no cedía la isla de Creta no tendrían la paz que esperaban. La Serenísima se había negado a renunciar a la isla y afirmaba hallarse en disposición de continuar con la guerra²⁴. El 21 de mayo comenzaba un asedio en Candía, mientras el marqués de Ville reiteraba la solicitud de refuerzos para hacer frente al enemigo²⁵.

En el mismo año se produjo el envío de ayuda a Candía por parte de la Santa Sede, la Orden de Malta y los reinos de Nápoles y Sicilia. El pontífice remitía sus galeras dirigidas por Giovanni Bichi, las de Malta, acudieron bajo el gobierno de Gilberto del Bene, las cuatro galeras de Nápoles con Giannetto Doria y las otras cuatro de Sicilia bajo la dirección de Fadrique Álvarez de Toledo Osorio Ponce de León, marqués de Villafranca. A ellas, debería sumarse la flota veneciana al mando de Francesco Morosini. No obstante, apenas si hubo algún logro por parte de los aliados. A finales de julio, la flota aliada impidió un ataque por parte de los turcos a la isla de Cerigo, pero las galeras pontificias, maltesas, napolitanas y sicilianas se retirarían a sus respectivos lugares de origen el 20 de septiembre, pues los otomanos que, se habían concentrado en el asedio de la isla, pretendían evitar un enfrentamiento marítimo con las fuerzas cristianas²⁶.

En noviembre, Gaspar de Teves notificaba a Mariana de Austria que la situación en Candía continuaba sin cambio. El enemigo no se retiraba y el marqués de Ville había realizado ciertas incursiones sin conseguir debilitar a los turcos²⁷. Sin embargo, en diciembre el frente veneciano se encontraba en mejor estado, ya que se había logrado impedir la pérdida de una fortificación. Con la llegada de nuevos refuerzos para los otomanos, consistentes en diez bajeles, se solicitaba a la república la remisión de 12.000 hombres para Candía, 4.000 para la armada, 3.000 galeotes, 500 artilleros, 200 albañiles, 200 carpinteros además de ingenieros y provisiones como pan, pólvora, plomo, madera y una fuerte suma de dinero de carácter mensual. No obstante, el propio embajador señalaba la imposibilidad de la república para hacer frente a tales asistencias²⁸.

²⁴ A.G.S., Estado, leg. 3.562, doc. 33.

²⁵ JACOV, Marko, *op. cit.*, p. 110.

²⁶ SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, pp. 194-195.

²⁷ A.G.S., Estado, leg. 3.562, doc. 122.

²⁸ A.G.S., Estado, leg. 3.562, doc. 112. Mientras los venecianos desplegados en la isla de Creta continuaban solicitando el envío de refuerzos, el Imperio Otomano había incrementado sus fuerzas a lo largo de los últimos años de la guerra de Candía. De hecho, a la altura de 1665, la Sublime Puerta contaba con más de 49.000 jenizaros, que podían ser destinados a los distintos frentes abiertos por la misma. Esta cifra continuó aumentando, superándose en 1669 los 51.000 jenizaros a los que se añadían otros 8.000 artilleros, así como un significativo número de cañoneros. Véase ÁGOSTON, Gábor, *Guns of the Sultan. Military Power and the Weapon Industry in the Ottoman Empire*, Cambridge, 2005, p. 26 y pp. 30-31.

A comienzos de 1668, el gran visir Ahmet Köprulu decidió lanzar una ofensiva contra las galeras venecianas que estaban impidiendo el suministro de tropas al bando otomano. Pero este ataque fue advertido a Francesco Morosini, quien con trece galeras se unió a las siete del proveedor para atacar a los turcos. La noche del 8 de marzo tuvo lugar una batalla en la que las fuerzas venecianas obtuvieron una importante victoria. Según una relación de ese mismo año, el combate se saldó con la captura por parte de los venecianos de más de 400 cautivos, la muerte de varios de los beys y gran parte de las tropas otomanas, y la liberación de 1.100 esclavos cristianos. No obstante, los venecianos también sufrieron la pérdida de 200 hombres mientras otros 500 quedaban heridos²⁹.

En mayo, el papa Clemente IX contribuyó al socorro de la isla de Creta con el envío de cinco galeras bajo la supervisión de su sobrino Vincenzo Rospigliosi. La Orden de Malta hizo lo propio con la remisión de siete galeras al mando de Clemente Accarigi. Sin embargo, el estado de la isla de Creta no era nada halagüeño y en agosto de 1668 ante la necesidad de nuevas tropas, Francesco Morosini se vio obligado a desarmar sus galeras y enviar a sus hombres a la plaza de Candía. La situación continuó empeorando, dado el planteamiento de Vincenzo Rospigliosi de retirar las galeras pontificias, a lo que se añadió los conflictos generados por las precedencias entre las galeras maltesas y las venecianas³⁰.

Por su parte, Gaspar de Teves comunicaba en julio a Mariana de Austria que los otomanos seguían recibiendo refuerzos. Además, mencionaba la presencia de las galeras de Malta y la Santa Sede en la zona y la esperanza de que los virreyes de Nápoles y de Sicilia contribuyesen con el envío de sus galeras³¹. Pero las gestiones para el envío de las galeras no estaban siendo nada fáciles, ya que el virrey de Nápoles era contrario a este socorro, argumentando el estado de indefensión en que quedaba el reino. Por su parte, desde Sicilia se apelaba al mantenimiento de las galeras en sus costas para garantizar el orden tras los tumultos que dieron lugar al asesinato del virrey de Cerdeña, el marqués de Camarasa. Todo ello, unido a la falta de recursos con los que se encontraba Venecia para hacer frente al conflicto, motivó la decisión de enviar a Alvise da Molin en sustitución de Andrea Valier con el fin de indagar sobre la posibilidad de un tratado de paz con los otomanos³².

En septiembre de 1668, Vincenzo Rospigliosi tuvo noticia de la presencia de nueve galeras enviadas por Nápoles y Sicilia en la zona de Corfú. Las galeras de Rospigliosi y Accarigi, que se encontraban en Zante, emprendieron el camino hacia Corfú para unirse a las enviadas por la Monarquía Hispánica y tomar una

²⁹ A.H.N., Estado, libro 733. *Relacion de la batalla que tuvieron las Galeras de la Serenissima Republica de Benecia, con las de Bey, debaxo del Patrocinio del Excelentissimo señor Francisco Morosini, Capitán General de la Mar, la noche 8 de Março deste año de 1668, en el Canal de Frasquia.*

³⁰ A.G.S., Estado, leg. 3.562, doc. 209; SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, pp. 198-202.

³¹ A.G.S., Estado, leg. 3.562, doc. 176.

³² A.G.S., Estado, leg. 3.562, doc. 186.

decisión conjunta sobre los planes a seguir. En el encuentro, Rospigliosi intentó convencer al duque de Ferrandina, al mando de las galeras napolitanas y sicilianas, del envío de parte de sus hombres a los venecianos en Candía, dada la situación de extrema necesidad a la que se enfrentaba Francesco Morosini en aquellos momentos. Sin embargo, el duque de Ferrandina se opuso a la propuesta alegando que no tenía la autoridad suficiente para tomar ese tipo de resoluciones. La falta de acuerdo entre los distintos mandos de las galeras y el hecho de la tardanza en la llegada de las galeras napolitanas y sicilianas, derivó en la resolución de abandonar la zona por hallarse la estación muy adelantada para una posible ofensiva. De este modo, las galeras pontificias, maltesas, napolitanas y sicilianas emprenderían el viaje de regreso. Las galeras de la Monarquía llegaron a Siracusa el 2 de octubre³³.

En noviembre llegaba la asistencia francesa fruto de las negociaciones del papa Clemente IX para obtener la paz de Aquisgrán entre España y Francia. La ayuda consistió en 600 hombres y en la intervención francesa y de la orden de Malta. Los franceses lo harían bajo las banderas pontificias, pues a pesar del socorro no estaban dispuestos a romper las buenas relaciones que mantenían con los otomanos³⁴. Asimismo, a la asistencia francesa se uniría el envío de las fuerzas prometidas por el duque de Lorena, los 3.000 infantes por parte del emperador Leopoldo I, los 2.400 infantes del duque de Brunswick, 300 del obispo de Estrasburgo, los 600 caballeros y 300 infantes de la orden de Malta, así como las promesas de asistencia de la Santa Sede y sus llamamientos a la contribución de los príncipes cristianos en la defensa de esta plaza³⁵.

Las fuerzas francesas al mando de François d'Aubusson, duque de la Feuillade alcanzaron la isla de Creta en noviembre. No obstante, su misión en la isla no resultó fructífera pues sufrió una serie de pérdidas, como la producida el 15 de diciembre cuando el duque realizó una incursión que terminó con la muerte de un centenar de hombres. Las derrotas terminaron por provocar el regreso del duque a Tolón en marzo de 1669³⁶.

Aquel mismo año, Clemente IX reiteró las peticiones de ayuda para la plaza de Candía. Luis XIV respondió con el envío de Philippe de Montault de Bénac, duque de Navailles como general de las fuerzas terrestres y François de Bourbon, duque de Beaufort, como comandante de la armada naval. Navailles tuvo el mando de 57 compañías de 12 regimientos, es decir, 6.000 hombres aproximadamente, además de tres compañías de caballería, 1.400 tiendas de campaña, tres meses de provisiones y munición abundante. Las fuerzas navales estuvieron compuestas por 15 buques, 13 galeras y tres galeotas, bajo el mando

³³ A.G.S., Estado, leg. 3.491, doc. 105; SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, pp. 202-204.

³⁴ BROGINI, Anne, *op. cit.*, p. 553.

³⁵ JACOV, Marko, *op. cit.*, p. 111; SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, p. 214.

³⁶ A.G.S., Estado, leg. 3.563, doc. 12; SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, p. 223.

de Beaufort; y las galeras y galeotas dirigidas por Louis Victor Rochechouart, conde de Vivonne³⁷.

La flota francesa al mando de Vivonne abandonó Marsella el 15 de mayo de 1669 camino del Zante donde se unieron a las siete galeras de Rospigliosi, las siete de Accarigi y las cuatro de Venecia³⁸.

Los franceses encontraron la plaza de Candía en una situación lamentable y sin esperar el tiempo necesario para la adaptación de las tropas recién llegadas, Navailles y Beaufort decidieron emprender una ofensiva. El ataque se inició el 25 de junio y aunque en un principio los turcos fueron sorprendidos, pronto la situación cambió. La explosión de un depósito turco con pólvora, bombas y granadas provocó el pánico de las tropas francesas, a lo que se unió la llegada de las reservas otomanas desde otros lugares de la isla. El temor, que se extendió entre los franceses, derivó a su vez en el éxito del contraataque turco con el que provocaron la muerte de 245 oficiales y 560 soldados y marineros franceses, víctimas entre las que estaba el propio duque de Beaufort³⁹.

El 25 de julio las fuerzas cristianas comenzaron a bombardear a las tropas otomanas pero no consiguieron una mejora en el estado del frente, pues las pérdidas se volvieron a concentrar en el bando cristiano, ya que el buque *Teresa* de Vivonne explotó ocasionando la pérdida de unas 60 piezas de artillería y casi 300 hombres. Se propagó el desánimo de las tropas francesas que manifestaron su pesar ante la poca contribución con la que habían participado los venecianos en dicha ofensiva⁴⁰.

Durante el mes de julio y agosto se sucedieron distintas propuestas por parte de Morosini o de los franceses para atacar a los turcos, pero la falta de entendimiento impidió una defensa conjunta. La petición reiterada de Morosini a las tropas francesas de retrasar su partida de la isla, no obtuvo una respuesta favorable por parte de Vivonne y Navailles, quienes ya habían decidido embarcar a las tropas de vuelta a casa. Lo mismo opinaba la flota de la orden de Malta, que abandonó Candía el 22 de agosto. Los turcos emprendieron nuevos ataques y tras la retirada de los franceses, Francesco Morosini se vio obligado a rendirse⁴¹. A finales del mes de agosto inició las conversaciones para discutir los términos de la entrega de la plaza. El 27 de septiembre los otomanos entraban en la ciudad. Pese a las pérdidas territoriales, los venecianos conservaron Suda, Grabusa y Spinalunga en la isla, así como Clissa en la frontera con Bosnia. Por último, consiguieron acordar a su favor el mantenimiento del mismo número de galeras venecianas⁴².

³⁷ *Ibid.*, pp. 223-224.

³⁸ *Ibid.*, p. 224; A.G.S., Guerra y Marina, leg. 3.524, doc. Cádiz 11 de agosto de 1669.

³⁹ *Ibid.*, p. 225; A.G.S., Estado, leg. 3.492, docs. 133 y 136.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 226; A.G.S., Estado, leg. 3.492, doc. 136.

⁴¹ BROGINI, Anne, *op. cit.*, p. 554; SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, p. 228.

⁴² A.G.S., Estado, leg. 3.493, doc. 5; leg. 3.292, doc. 166; MANTRAN, Robert (dir.), *op. cit.*, p. 244.

2. La República de Venecia y la Monarquía Hispánica en la defensa del Mediterráneo

La República de Venecia, una de las potencias marítimas del siglo XVI, desempeñó en el siglo XVII una posición de equilibrio entre los dos grandes imperios del Mediterráneo: el Imperio Otomano y la Monarquía Católica. Este enfoque le permitió mantener cierta presencia en dicho mar. Pese a ello, el siglo XVII fue el periodo de ascenso de otras potencias marítimas en este gran mar interior. La República de Holanda, Inglaterra y Francia desplegaron sus intereses comerciales por el Mediterráneo, acompañadas por los estados berberiscos que, a pesar de reconocer la autoridad del sultán, llevaron a cabo sus propios acuerdos comerciales con dichas potencias occidentales. Asimismo, Venecia continuó sufriendo durante esta centuria la amenaza turca tanto terrestre como marítima. En el ámbito comercial, el Imperio Otomano estableció nuevos tratados en Levante con países como Francia, Inglaterra y Holanda, desplazando paulatinamente a la república veneciana de los mercados que hasta entonces había controlado en dicha zona. A ello se unía otro factor importante: la Sublime Puerta era todavía un gran imperio con fuertes recursos militares. Dichos medios fueron empleados en distintas acciones: por una parte, con el intento de aumentar su presencia en el Adriático, donde la Serenísima contaba con los territorios de Dalmacia y una pequeña parte de Albania; y por otra, con la mejora de las comunicaciones interiores de su imperio. No debemos olvidar que la isla de Creta tenía una especial situación geoestratégica para frenar el corso cristiano del Mediterráneo oriental. Sin embargo, se encontraba desprotegida en comparación con otras islas como la de Malta⁴³.

La potencia marítima de la república veneciana seguía representada por las galeras, pues aunque potencias como Holanda e Inglaterra estaban desarrollando otros tipos de embarcaciones como el buque de línea, la galera era todavía esencial en el Mediterráneo por su facilidad de manejo y empleo para la erradicación del corsarismo turco-berberisco. De hecho, no sería hasta 1660 cuando la Serenísima, consciente de su decadencia naval, decidió modificar su arsenal para disponer de un lugar donde construir los navíos, que anteriormente habían sido comprados a Holanda, permitiéndole mantener sus galeras incluso tras la pérdida de Candía⁴⁴.

⁴³ LANE, Frederic C., *Venice. A maritime republic*, Baltimore and London, 1973, pp. 407-408 y 416; SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, p. 107; GREENE, Molly, "The Ottomans in the Mediterranean", *The Early Modern Ottomans. Remapping the Empire*, Cambridge, 2007, pp. 114-115. Para profundizar en la hegemonía comercial de la república holandesa en el Mediterráneo desde finales del siglo XVI hasta los años que nos ocupan en este artículo, véase ISRAEL, Jonathan I., *Dutch Primacy in World Trade, 1585-1740*, New York, 1991, pp. 53-60, 96-101, 149-156 y 224-236.

⁴⁴ LANE, Frederic, *op. cit.*, pp. 411-412; TENENTI, Alberto, *Venezia e i corsari, 1580-1615*, Bari, 1961, pp. 145-146 y 167; OLESA MUÑO, Francisco Felipe, *La organización naval de los estados mediterráneos y en especial de España durante los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1968, p. 998.

Venecia continuó desempeñando un papel fundamental frente al poder otomano, interesado en mantener su presencia en las zonas comerciales de Levante, llevando a cabo para ello expediciones corsarias que atacaban las costas cristianas o acciones de mayor envergadura como la conquista de Candía⁴⁵. Por ello, la política exterior de la república, estuvo marcada durante el siglo XVII por una alternancia de periodos pacíficos y bélicos en su relación con la Sublime Puerta.

En este sentido, la Serenísima mantuvo un servicio diplomático de alta calidad durante este siglo. La función de estos diplomáticos estaba destinada a la protección y engrandecimiento del estado veneciano a través de la elaboración de toda una serie de informes en donde quedaba reflejada la política de las distintas potencias europeas así como la del Imperio Otomano⁴⁶.

La importancia concedida por la república al desarrollo de su comercio hizo necesaria la creación de una diplomacia como la veneciana, que representó un papel esencial ante el Imperio Otomano, la zona norte de Italia, así como sus posiciones en el Adriático y el Mediterráneo oriental. Las relaciones desplegadas con el sultán constituyeron una de las características más importantes de la república veneciana, pues sus dominios en Levante, objeto de las pretensiones otomanas, le permitieron desarrollar una capacidad diplomática inexistente en las demás potencias europeas⁴⁷.

Al margen de la diplomacia, Venecia contaba con un sistema de espionaje en tierras otomanas. Los venecianos se sirvieron principalmente de agentes seleccionados entre la población eslava de la Península Balcánica y entre los mercaderes. A ellos se unieron en Dalmacia y Oriente, toda una serie de bandidos y súbditos cristianos, griegos y esclavos del sultán, que manifestaban así su deseo de liberarse del yugo otomano. Los espías serán de gran utilidad en momentos bélicos como la guerra de Candía, cuando los proveedores extraordinarios Francesco Bragadin y Francesco Morosini, así como el proveedor general Antonio Barbaro, despliegan un servicio de espionaje en Creta, Morea y Constantinopla con el fin de obtener información del preparativo militar turco⁴⁸.

Gracias a la diplomacia y a sus espías, Venecia disfrutó desde 1573 a 1645 de un largo periodo de paz, durante el que conservó un lugar privilegiado en las relaciones económicas con los otomanos. En este intervalo de tiempo, Venecia se benefició de la posibilidad de reclutar soldados en la Península Balcánica, de las exportaciones de trigo otomanas e incluso de las facilidades para el rescate

⁴⁵ BRUMMETT, Palmira, *Ottoman Seapower and Levantine Diplomacy in the Age of Discovery*, Albany, 1994, p. 107.

⁴⁶ SANZ CAMAÑES, Porfirio, *Diplomacia hispano-inglesa en el siglo XVII: razón de Estado y Relaciones de Poder durante la Guerra de los Treinta años, 1618-1648*, Cuenca, 2002, pp. 20 y 23.

⁴⁷ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española*, Madrid, 2006, vol. II, p. 129; Vid. PRETO, Paolo, *Venezia e i Turchi*, Firenze, 1975, p. 29.

⁴⁸ PRETO, Paolo, *I servizi segreti di Venezia*, Milano, 1994, pp. 247 y 253.

de esclavos en el imperio y en la Berbería, a cambio de proporcionar información al sultán sobre la Península Itálica. De hecho, la presencia de mercaderes venecianos en las posesiones otomanas se correspondió con el establecimiento de una pequeña cantidad de mercaderes otomanos, en muchos casos judíos y eslavos, en Venecia⁴⁹.

Sin embargo, al dar comienzo la guerra de Candía, las relaciones comerciales entre ambos estados se vieron afectadas, así como la presencia de sus súbditos en las posesiones del contrario. Ejemplo de ello fue la multiplicación de acusaciones de espionaje lanzadas contra los otomanos establecidos en la república durante los periodos bélicos, como es el caso de dicha guerra. También fueron objetivo de arrestos, procesos y ejecuciones, toda una serie de personas acusadas de actuar al servicio del sultán y proporcionarle información de la política veneciana, la actividad de su arsenal y el estado de su flota⁵⁰.

En este contexto, la Monarquía Hispánica siempre tuvo presente la importancia de la Serenísima en relación al Imperio Otomano. Las relaciones exteriores entre la Monarquía Católica y la República de Venecia estuvieron condicionadas por la expansión otomana. Durante los años de la Regencia, hubo dos rasgos principales en la política exterior española con respecto a la Serenísima. Por un lado, desde 1665 hasta la conquista de Candía en 1669, la diplomacia en Venecia se vio inmersa en la guerra de Candía y con ello en una política de asistencias destinadas a la defensa de este emplazamiento clave para la Cristiandad. Con dicha intención se desarrollaron toda una serie de medidas que tuvieron por objeto la aportación de recursos materiales y humanos a la isla en un intento por evitar la pérdida de dicho enclave y, sobre todo, imposibilitar un tratado de paz con el sultán. Por su parte, la conquista de Creta y la posterior firma de una paz entre ambas potencias, determinó un cambio en la política exterior española. Las relaciones quedaron marcadas por la desconfianza española hacia la república dada su *nueva amistad* con el Imperio Otomano, interpretada por la Monarquía como un peligro para sus posesiones italianas.

La República de San Marcos y sus dominios constituían los lugares adecuados para obtener la información requerida por la Corte en su lucha contra el poder otomano y su expansión, ya fuera a través de la labor del embajador español en la república o por la remisión de los avisos de Levante que llegaban a territorio veneciano. Por ello, en las instrucciones que la Corte española suministró a los embajadores en Venecia se reiteró la atención que debían mostrar hacia el Adriático, lugar de llegada de las noticias referentes a los movimientos del sultán⁵¹.

⁴⁹ Vid. PRETO, Paolo, *op. cit. Venezia e i Turchi*, Firenze, 1975, pp. 58 y 127.

⁵⁰ Cfr. PRETO, Papolo, "Lo spionaggio turco a Venezia tra mito e realtà", *I Turchi, il Mediterraneo e l'Europa*, Milano, 2008, pp. 130-131.

⁵¹ PRETO, Paolo, *I servizi segreti di Venezia*, Milano, 1994, p. 88; OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *op. cit.*, pp. 128 y 395-397; CANOSA, Romano y COLONNELLO, Isabella, *Spionaggio a Palermo*.

Los puntos más urgentes quedaban reflejados en las órdenes como las que se enviaron el 19 de agosto de 1666 a Gaspar de Teves, nuevo embajador en Venecia, después de la muerte de su predecesor, el conde de la Roca. En las instrucciones generales se le ordenaba mantener una fluida comunicación con los otros servidores de la Corona española en Italia, especialmente con los virreinos de Sicilia y Nápoles. La tendencia expansionista de los otomanos debía ser vigilada y comunicada a dichos reinos con eficacia para la preparación de sus sistemas defensivos en caso de producirse un ataque:

“...estando siempre con particular cuydado de avisar a los Virreyes de Nápoles y Siçilia de los andamentos del Turco, y de sus Armadas para que prevengan las costas de aquellos Reynos y no se reçiva daño en ellos...”⁵².

En las instrucciones secretas dictadas por la Monarquía a Gaspar de Teves se detallaba exhaustivamente la labor que debía desempeñar el embajador con respecto al problema otomano. Para ello, el embajador debía mantenerse informado de las circunstancias políticas y de la coyuntura bélica del contexto internacional para la posible conclusión de una Liga antiturca. La expansión otomana por el Mediterráneo oriental ante la hipotética pérdida de Candía, podría provocar un efecto dominó sobre el resto de los territorios italianos a favor del sultán. Por ello, en caso de que la Santa Sede o la propia República de Venecia propusieran una liga de estas características, debía sumarse a la iniciativa en consonancia con la política exterior esgrimida por la Monarquía Católica orientada a la unión de la Cristiandad frente a los otomanos. De hecho, en 1664 se apoyaba una propuesta de la Serenísima para crear una Liga General contra el Turco que contribuyera a la defensa de Candía y de los archipiélagos adyacentes. El propósito de la Monarquía, de enviar como apoyo sus galeras a dicha isla, quedó en un deseo incumplido al tener que atender en aquellos momentos al traslado de la emperatriz al Sacro Imperio⁵³.

Aunque una liga antiturca podía ser la solución al problema de la amenaza sobre Candía, los servicios de inteligencia de la Monarquía sospechaban que el

Aspetti della guerra segreta turco-spagnola in Mediterraneo nel Cinquecento, Palermo, 1991, pp. 26-29. Para profundizar en los sistemas de inteligencia del Imperio Otomano, véase ÁGOSTON, Gábor, “Information, ideology, and limits of imperial policy: Ottoman grand strategy in the context of Ottoman-Habsburg rivalry”, *The Early Modern Ottomans. Remapping the Empire*, Cambridge, 2007, pp. 75-103.

⁵² A.H.N., Estado, leg. 3.455, doc. Madrid, 19 de agosto de 1666. *Instrucción de lo que Vos el General de Artillería Don Gaspar de Teves y Cordova del Consejo de Su Magestad haveis de hazer en Venecia adonde os embio por embaxador ordinario*; STORRS, Christopher, “Intelligence and the Formulation of Policy and Strategy in Early Modern Europe: The Spanish Monarchy in the Reign of Charles II (1665-1700)”, en *Intelligence and National Security*, 21 (2006), p. 498.

⁵³ A.H.N., Estado, leg. 3.455, doc. Madrid, 19 de agosto de 1666. *Instrucción secreta a Don Gaspar de Teves y Cordova, para la embaxada de Veneçia*; POUMARÈDE, Géraud, *Pour en finir avec la Croisade. Mythes et réalités de la lutte contre les Turcs aux XVI^e et XVII^e siècles*, París, 2009, p. 290.

estado de indefensión en que se encontraba la isla podía ocasionar la cesión pactada entre la Serenísima y la Sublime Puerta, un posible tratado que el embajador debía evitar a toda costa⁵⁴.

Asimismo, la Monarquía consideraba imprescindible que el embajador tuviera en cuenta el particular carácter de los venecianos en relación con su política exterior en ocasiones zigzagueante, predispuesta -según la Corona española- a la *conservación y aumento*, es decir, marcada por unos intereses dirigidos a la consecución de alianzas con unas u otras potencias según cambiara el escenario internacional. Los apoyos a España en la formación de la Liga Santa, con Felipe II, o la alianza con los grises frente a los católicos de la Valtelina y a los intereses españoles, con Felipe III, eran el mejor referente para dudar de las intenciones reales de los venecianos. En este sentido, un tratado de paz entre otomanos y venecianos no era considerado como algo inaudito e improbable. En consecuencia, el embajador debía rodearse de todo un equipo diplomático atento a los movimientos de ambas partes y puntualmente informado de los intentos de aproximación entre Venecia y Constantinopla⁵⁵.

En el marco de estas desconfianzas se desarrolló la labor diplomática española en Venecia durante los años de la Regencia. A comienzos del año 1665, la República de San Marcos pedía a la Monarquía Hispánica la concesión de una ayuda a cargo del virreinato de Nápoles, que le había sido prometida con anterioridad. Se trataba de la remisión de 50.000 ducados para la defensa de los territorios afectados por la expansión otomana. A su vez, pretendía que se le otorgase lo procedente de la décima eclesiástica que, aplicada en los territorios italianos, había sido aprobada durante el anterior conflicto entre el emperador y el sultán otomano. De igual forma, solicitaba el envío de las galeras de la Monarquía a Levante, donde el pontífice había prometido destinar las suyas y las de la Orden de Malta en el caso de asegurarse la participación de la Monarquía Católica. El Consejo de Estado se mostraba partidario de apoyar a la República de Venecia en su lucha contra los turcos en Dalmacia, pues su pérdida constituía una seria amenaza para los reinos de Nápoles y Sicilia. No es de extrañar que se mostrase incisivo y recurrente con el virrey de Nápoles para lograr su contribución en dicha defensa. Sin embargo, no había mejor predisposición con los otros dos asuntos. Las galeras no podían ser trasladadas a Levante cuando se estaban librando los últimos enfrentamientos en la guerra de Portugal y se usaban algunas de ellas para el viaje de la emperatriz al Sacro Imperio. Por su parte, la cuestión de la décima eclesiás-

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Ibid.*; ANDRETTA, Stefano, "Relaciones con Venecia", *La Monarquía de Felipe III*, Madrid, 2008, vol. IV, pp. 1.075-1.092.

tica quedaba sin solución aparente al considerarse impropio pedir una nueva ayuda o destinar la concedida al emperador⁵⁶.

En el mes de junio de 1665, el cardenal de Aragón, virrey de Nápoles notificaba a la reina que había destinado sólo 8.000 de los 50.000 ducados solicitados a la Serenísima por considerar que la situación del frente veneciano no era de tal penuria como se proclamaba desde Venecia, cuyo gobierno reclamaba al mismo tiempo junto a la totalidad de la ayuda prometida, una parte de la plata que llegase en los galeones. El Consejo de Estado después de analizar la cuestión, se mostró a favor de no realizar ninguna nueva mención al embajador de Venecia, pues consideraba suficiente las órdenes remitidas al virrey⁵⁷.

El año 1666 comenzaba igual que el anterior con las demandas venecianas lo que venía a demostrar que las ayudas a la república seguían siendo exiguas para sus necesidades, siempre en palabras del Senado y de sus embajadores. En febrero, el Consejo de Estado analizaba la nueva solicitud destinada a conseguir el traslado de las galeras de Italia a Levante. Al igual que el año anterior, el Consejo seguía considerando necesarias las escuadras italianas para el traslado de la emperatriz, por lo que no hubo una respuesta favorable a los intereses venecianos⁵⁸. Poco después, la república optó por recordar a la Monarquía sus promesas referentes a las asistencias de carácter financiero y alimenticio. Con ello, pretendía obtener la remisión de la totalidad de los 50.000 ducados a cargo del virreinato de Nápoles, los 12.000 ducados mensuales prometidos por la Monarquía en el año 1664 y el permiso para la extracción de grano en los reinos de Sicilia y Nápoles. El Consejo de Estado decidió en el mes de marzo reiterar las órdenes enviadas a los virreyes de Nápoles y Sicilia con respecto al abastecimiento del trigo. En virtud de estas órdenes, los virreyes deberían asegurar primero el abastecimiento de sus reinos y, después, suministrar en la medida de lo posible el grano que necesitase la república. Con respecto a las peticiones pecuniarias, el Consejo se mostró partidario de volver a ordenar al virrey de Nápoles el pago íntegro de los 50.000 ducados y de las mensualidades de 12.000 ducados. No obstante, el cumplimiento de los pagos no debió ser inminente pues no se encontraba entre las partidas económicas prioritarias, alegando el virrey las dificultades económicas existentes para hacer frente a todas las necesidades del reino⁵⁹.

La falta de ejecución de las órdenes quedó demostrada por las continuas solicitudes de ayuda de la república. De hecho, en junio de 1666 el Consejo de Estado volvía a analizar un memorial del embajador de Venecia y a recalcar sus decisiones anteriores. Se debía reiterar al virrey de Nápoles el pago íntegro de la

⁵⁶ A.G.S., Estado, leg. 3.561, docs. 1, 2, 6, 7, 9 y 10; leg. 3.038, doc. Madrid, 7 de marzo de 1665. Sobre la situación del frente portugués en los últimos años de la guerra, vid. KAMEN, Henry, "España en la época de Luis XIV", *Historia de España*, Madrid, 2000, vol. XXXVIII, pp. 211-213.

⁵⁷ A.G.S., Estado, leg. 3.561, docs. 30 y 31.

⁵⁸ A.G.S., Estado, leg. 3.561, docs. 54 y 55.

⁵⁹ A.G.S., Estado, leg. 3.561, doc. 66.

ayuda para que un supuesto retraso en el cumplimiento de estas obligaciones no conllevara la firma de la paz con el turco, en cuyo caso el virreinato debería acelerar los pagos acordados. En agosto de 1666, el Consejo de Estado renovaba los mandatos realizados anteriormente al virrey de Nápoles⁶⁰.

Las peticiones de la república continuarían durante los años siguientes. A comienzos de 1667, el embajador de Venecia aseguraba a la reina que con el envío de las escuadras de galeras de Italia se reafirmaría el prestigio de la Monarquía Católica, se contribuiría a la defensa de la religión y a la protección de los dominios italianos de la Corona española:

“...Tutto risulterà a gloria cospicua della Maestà Vostra, a beneficio della Religione, a preservatione de suoi Regni, e vasalli. Noto è, che gli Ottomani da una conquista rimangono accesi a tentare dell’altre. In fine la Serenissima Republica porgerà un riconoscimento vivo, e perpetuo alle gratie della Maestà Vostra, per retribuir in ogni occasione attestati sinceri della sua perfetta corrispondenza e partial’ osservanza...”⁶¹.

Por su parte, en unos despachos dirigidos en febrero de 1667 a la República de Venecia y al nuncio, Mariana de Austria se lamentaba de la difícil situación a la que se enfrentaba la isla de Candía y prometía el envío de las asistencias ordenadas al virreinato de Nápoles, así como la permanencia de las galeras de Sicilia y Nápoles en Italia para evitar cualquier problema que pudiera surgir, a pesar de estar ordenado su traslado a España en primavera. Al mismo tiempo, manifestaba la imposibilidad de la Monarquía en aquellos momentos para incrementar sus esfuerzos contributivos⁶².

En el mismo mes, Gaspar de Teves informaba a la reina de que los venecianos estaban a la espera de conseguir una importante ayuda de la Monarquía, pues sus negociaciones con la Corona francesa no habían obtenido los frutos esperados. El 5 de marzo, el Consejo de Estado se planteaba la posibilidad de destinar las escuadras de galeras de Nápoles y Sicilia a la lucha en Levante si se le aseguraba el acompañamiento de las de la Santa Sede. Sin embargo, no todos los miembros del Consejo estaban de acuerdo con tal decisión. Para el marqués de Mortara los movimientos del rey francés hacían sospechar el estallido de un nuevo conflicto bélico. Por ello, resultaba necesario mantener las escuadras en Italia, mientras se analizaba la evolución de los acontecimientos⁶³.

A pesar de las reticencias, el 22 de marzo el Consejo de Estado examinó una solicitud referente al envío de los despachos reales en los que se mencionaba la aprobación del envío de las galeras a Levante, y decidió conceder la petición. Pocos días después, el nuncio de Su Santidad en Venecia, que se hallaba con la noticia del socorro mencionado, pretendió comunicárselo. El embajador

⁶⁰ A.G.S., Estado, leg. 3.561, docs. 69 y 82.

⁶¹ A.G.S., Estado, leg. 3.562, doc. 5.

⁶² A.G.S., Estado, leg. 3.586, doc. 162; leg. 3.040, doc. Madrid, 18 de febrero de 1667.

⁶³ A.G.S., Estado, leg. 3.562, docs. 12, 13 y 22.

español, se lo desaconsejó hasta que se recibiesen los despachos reales y se pudiera confirmar el contenido de los mismos⁶⁴.

En abril, Gaspar de Teves remitía una carta a la reina en la que se apreciaba la desconfianza en las relaciones mantenidas en estos momentos entre españoles y venecianos. En ella, el embajador comunicaba que el gran visir había amenazado a la república con no firmar la paz si Venecia no renunciaba a la isla de Candía. Para el embajador, el estado de la contienda era claramente desfavorable al bando veneciano pero la república estaba interesada en continuar el conflicto con las cantidades de dinero que se obtenían del pueblo bajo el pretexto de la guerra. Por su parte, el embajador afirmaba que la república no confiaba en las posibles asistencias españolas dada la falta de cumplimiento de los pagos de Nápoles⁶⁵.

De hecho, en el mes de mayo, el Consejo de Estado volvía a acordar que se ordenase al virrey de Nápoles la remisión de las cantidades prometidas pero con la misma condición: que se guiase por el estado del conflicto en Creta. Asimismo, establecía la preparación de las escuadras de galeras de Nápoles y de Sicilia, aunque su envío no se produciría hasta comprobarse los movimientos del rey francés. En julio de 1667, Gaspar de Teves confirmaba la recepción de un despacho de Mariana de Austria en el que le ordenaba que comunicase a la república la imposibilidad de enviar las galeras italianas a Levante por la determinación de Luis XIV de lanzar una ofensiva contra Flandes. Por su parte, el embajador, una vez cumplida la orden, manifestó que no tenía sospechas de posibles relaciones entre la república y la Corona francesa, y que vigilaría detenidamente los movimientos de los venecianos para evitar un tratado de paz con el sultán⁶⁶.

El retraso de la ayuda española venía motivado por la desconfianza de la Monarquía Hispánica a las relaciones entre franceses y venecianos, a lo que se sumaba el cambio de fuerzas orquestado en aquellos años en el Mediterráneo. La Corona española se mostraba abierta a las negociaciones con otras potencias para mantener controlado dicho ámbito. De hecho, la creciente importancia comercial de Holanda había motivado el inicio de los contactos entre españoles y holandeses con objeto de acordar una cooperación naval que protegiera los intereses económicos de ambos estados frente a los ataques berberiscos⁶⁷.

La reina había comunicado en mayo a los virreyes de Nápoles y de Sicilia el conflicto surgido en Flandes y, por tanto, la decisión de aplazar el envío de las escuadras a Levante. No obstante, los virreyes ya habían cumplido la remisión de cuatro galeras napolitanas al mando de Giannetto Doria y otras cuatro sicilianas al mando de Fadrique Álvarez de Toledo Osorio, marqués de Villafranca. En el mes de julio, el duque de Alburquerque despachó una carta a la reina en la que le co-

⁶⁴ A.G.S., Estado, leg. 3.562, docs. 16, 17 y 32.

⁶⁵ A.G.S., Estado, leg. 3.562, doc. 33.

⁶⁶ A.G.S., Estado, leg. 3.562, docs. 35, 36, 55 y 56; JACOV, Marko, *op. cit.*, p. 110.

⁶⁷ ISRAEL, Jonathan I., *La República holandesa y el mundo hispánico, 1606-1661*, Madrid, 1997, p. 359.

municaba el recibo de las últimas órdenes, por las que las escuadras de galeras de Sicilia, Nápoles y Cerdeña debían mantenerse en Italia ante cualquier contingencia que pudiera surgir. Sin embargo, el virrey de Sicilia manifestaba que las galeras de Sicilia habían partido de Mesina el 19 de junio, uniéndose a las de Nápoles poco después para emprender el camino hacia Levante⁶⁸.

El retraso en la llegada del correo había ocasionado la descoordinación entre los virreinos y la Corte, que hasta septiembre no tuvo constancia de la partida de las galeras de ambos reinos. El 22 de septiembre, el Consejo de Estado examinaba las cartas que el duque de Alburquerque había enviado en el mes de mayo sobre el apresto de las galeras de aquel reino para su remisión a Levante junto a las del reino de Nápoles. Ese mismo día se procedía a la lectura de las cartas de Pedro de Aragón, fechadas en julio, en las que decía que las galeras de Nápoles ya habían partido hacia Levante aunque se ordenaba a su capitán general, Giannetto Doria, el regreso en el menor tiempo posible⁶⁹.

Pese al apoyo de las galeras italianas, los avisos procedentes de Candía se referían al empeoramiento de la defensa veneciana. La República de Venecia recurrió de nuevo a la petición de ayuda⁷⁰. En su carta, el Senado veneciano recordaba al embajador español la posición estratégica de la isla como *antemural de la Cristiandad*, y por tanto, como defensa de Italia:

“... comprende mui bien V. Señoría de quanta importancia sería la pérdida de aquel Reyno (que Dios no permita) no solo para Nuestra República, pero para toda la Cristiandad, y para la Magestad Cattólica en particular, por los Reynos que posse en esta Provincia, a los quales el de Candía sirve de Baluarte...”⁷¹.

La solicitud de la república fue tomada en consideración por el embajador quien, en una carta del 3 de diciembre, manifestaba a la reina la posibilidad de que el envío de algún socorro repercutiese en el prestigio y en la grandeza de la Monarquía. Por esta razón, pedía a la reina la remisión de alguna asistencia, como por ejemplo, víveres y municiones de los reinos de Sicilia y de Nápoles o de gente de remo. Según el embajador, cualquier socorro en las presentes circunstancias era bienvenido⁷².

Durante el año 1668 las solicitudes de la Santa Sede y de la República de Venecia se centraron en el traslado de las galeras de los reinos de Nápoles y de Sicilia a Levante junto con las de la Santa Sede para contribuir en la defensa de Candía al igual que lo habían hecho el año anterior. Sin embargo, el Consejo de Estado estaba en contra de la propuesta, alegando que el conflicto abierto entre

⁶⁸ A.G.S., Estado, leg. 3.490, doc. 98; SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, p. 194; y ANDERSON, R. C., *Naval Wars in the Levant, 1559-1853*, Ann Arbor, Michigan, 1989, p. 179.

⁶⁹ A.G.S., Estado, leg. 3.490, doc. 79; leg. 3.290, doc. 109.

⁷⁰ COZZI, Gaetano, KNAPTON, Michael y SCARABELLO, Giovanni, *La Repubblica di Venezia nell'età moderna. Dal 1517 alla fine della Repubblica*, Torino, 1992, p. 125.

⁷¹ A.G.S., Estado, leg. 3.562, doc. 100.

⁷² A.G.S., Estado, leg. 3.562, doc. 99.

España y Francia en Flandes era prioritario y se lo impedía. Asimismo, se requería la mediación de la Santa Sede para que el monarca francés pusiera fin a sus intenciones y la Corona española pudiera concentrarse en ayudar a la república en su lucha contra el Turco. No obstante, la Monarquía ordenaría a los virreyes de Nápoles y de Sicilia la asistencia a la república con víveres y municiones⁷³.

Desde abril a junio, se sucedieron las solicitudes sobre el suministro de pólvora y la asistencia de las galeras de los reinos de Sicilia y Nápoles. La Corona española respondió a la Santa Sede que el envío de las galeras se produciría cuando la Corte tuviera constancia de la ratificación del tratado de paz de Aquisgrán por parte del rey francés. La Monarquía no podía arriesgarse a dejar indefensas sus posesiones italianas ante las intenciones de Luis XIV. Por otra parte, declaraba que se había ordenado al virrey de Nápoles socorriese a la república con dinero o con víveres y municiones, y que remitiese parte de la gente de guerra que se había reclutado para Milán. Además, el 9 de junio, se confirmaba a Gaspar de Teves, la decisión real de conceder parte de la décima eclesiástica aplicada en los dominios italianos, además de la cesión de la parte que correspondía al rey español de todas las décimas que el pontífice imponía en sus reinos y estados de Italia⁷⁴.

A comienzos de julio, Gaspar de Teves confirmaba la llegada de la resolución de Mariana de Austria sobre el socorro a la República de San Marcos con las galeras de Nápoles y Sicilia. Sin embargo, el embajador manifestó a la reina la posibilidad de que los virreyes mostrasen sus reticencias a la remisión de las escuadras *por hallarse muy adelantada la estación* y encontrarse en Candía las de la Santa Sede y la Orden de Malta. Pese a ello, el 9 de julio, transmitió al Senado veneciano la aprobación del envío de las galeras, la décima eclesiástica, las asistencias del reino de Nápoles, los socorros de gente y dinero, así como otras ayudas menores. El Senado mostró su agradecimiento a la Monarquía pero le recordó la necesidad de remitir dichos refuerzos con la mayor prontitud posible⁷⁵.

⁷³ A.G.S., Estado, leg. 3.562, docs. 105 y 106; leg. 3.041, doc. Roma, 10 de enero de 1668 y doc. Madrid, 13 de febrero de 1668; POUMARÈDE, Géraud, *op. cit.*, p. 289.

⁷⁴ A.G.S., Estado, leg. 3562, docs. 149 y 177, leg. 3.041, doc. Roma, 3 de mayo de 1668, doc. Madrid, 3 de junio de 1668 y doc. Madrid, 27 de junio de 1668; A.H.N., Estado, leg. 2.023, doc. Madrid, 9 de junio de 1668. En 1661, Alejandro VII concedió seis décimas sobre Milán y Nápoles para financiar la guerra del emperador contra el turco en Hungría y Transilvania. Finalizado el conflicto, se aplicaron a la defensa de Candía hasta 1669, y en 1670 fueron suprimidas por Clemente X. No obstante, se decretó el cobro de las anualidades vencidas y no recaudadas a favor de la Cámara Apostólica como devolución de los adelantos realizados a Venecia. El ducado de Milán y el virreinato de Nápoles se negaron al cobro y exigieron la revisión de la contabilidad de la Santa Sede. Roma se opuso alegando que no permitiría que los laicos ejercieran como jueces en asuntos de materia eclesiástica y terminó por renunciar a los ingresos. Vid. MARQUÉS, José M^a, *La Santa Sede y la España de Carlos II. La negociación del nuncio Millini (1675-1685)*, Roma, 1982-1983, p. 66.

⁷⁵ A.G.S., Estado, leg. 3.562, docs. 176, 180 y 181.

Sin embargo, la celeridad de las escuadras se vio nuevamente afectada por las dificultades en la comunicación entre la Corte y los virreinos. En septiembre de 1667, Mariana de Austria había ordenado a los virreyes de Sicilia y Nápoles, el traslado de las escuadras de galeras a las costas catalanas en la primavera de 1668. En cumplimiento de aquel mandato, el duque de Alburquerque notificó, el 13 de junio, la partida de sus galeras, que se unirían a las de Nápoles, y pasarían al Principado de Cataluña. Mientras su carta llegaba a la Corte en el mes de noviembre, la reina ordenaba un cambio de destino: las galeras debían trasladarse a Levante. La modificación fue recibida por el virrey de Nápoles pero no ocurrió lo mismo con el duque de Alburquerque. En una carta del 14 de julio, Pedro de Aragón comunicaba la llegada de las nuevas órdenes y los preparativos de su escuadra para el viaje a Levante, pero manifestaba su preocupación por las galeras de Sicilia, pues era probable que ya hubieran partido hacia Cataluña. Las sospechas del virrey de Nápoles se confirmaron en una carta de finales de julio, en la que el duque de Alburquerque confirmaba el retraso con el que había tenido constancia del cambio. Según el virrey, el 13 de junio las galeras de Sicilia habían partido con destino a Cataluña, deteniéndose poco después en Nápoles por orden de Pedro de Aragón ante las sospechas de hallarse en las cercanías una serie de embarcaciones francesas. Desde Nápoles, la escuadra de Sicilia tenía previsto emprender nuevamente el viaje, pero fue aplazado gracias a una carta de Pedro de Nápoles, gobernador de la milicia. En ella, informaba al virrey de Sicilia que Pedro de Aragón había ordenado al marqués de Villafranca, capitán general de las galeras, su retirada al muelle de Nápoles por la llegada de las nuevas órdenes reales. Sin embargo, hasta los días 12 y 14 de julio, no llegaron las cartas de Pedro de Aragón y el marqués de Villafranca, en las que se le confirmaban los cambios efectuados hasta ese momento⁷⁶.

Al retraso se uniría el asesinato el 21 de julio de 1668 del marqués de Camarasa, virrey en Cerdeña. Su muerte obligó a destinar las galeras de Nápoles y Sicilia al virreinato de Cerdeña con el fin de estabilizar la situación. Se ordenó a los dos virreyes el traslado de las galeras junto con la infantería y las municiones necesarias, y la suspensión por un tiempo de la remisión a Levante. No obstante, continuaron las peticiones de ayuda por parte de la Santa Sede y de la República de Venecia. La Santa Sede manifestaba en una carta a Pedro de Aragón, su opinión sobre la cuestión sarda. Según el pontífice, el reino volvía a disfrutar de cierta seguridad y tranquilidad, por lo que resultaba innecesario el retraso de la partida de las galeras hacia Levante. Por su parte, la República de Venecia, reiteraba sus solicitudes con el fin de obtener al menos la remisión de dinero y municiones⁷⁷.

Por tanto, la demora fue causada por el cambio reiterado en las decisiones reales, motivado por las circunstancias políticas que se vivieron durante aque-

⁷⁶ A.G.S., Estado, leg. 3.491, doc. 85; leg. 3.290, doc. 147; leg. 3.291, doc. 167.

⁷⁷ A.G.S., Estado, leg. 3.291, doc. 151; leg. 3.562, docs. 186 y 191; RIBOT GARCÍA, Luis Antonio, "La España de Carlos II", *Historia de España*, Madrid, 2000, vol. XXVIII, pp. 180-181.

llos años en los territorios de la Monarquía. Las modificaciones pueden apreciarse a través de la consulta del Consejo de Estado del 18 de septiembre. En ella, se examinaron las cartas enviadas por el marqués de Villafranca en julio y agosto. Se había trasladado hasta Nápoles con la escuadra de galeras de Sicilia desde donde tenía previsto cumplir el mandato de dirigirse a Cataluña, pero recibió la orden de unirse a las de Nápoles y trasladarse a Candía. Poco después, se le ordenó el pasaje a Cerdeña por la muerte del marqués de Camarasa. Finalmente, la constatación del buen estado del reino sardo motivó una nueva orden y la remisión de las galeras de Sicilia y de Nápoles a la isla de Creta⁷⁸.

En septiembre de 1668, cuatro galeras de la escuadra siciliana y otras cinco de la napolitana se hallaban en la zona de Zante, con el fin de unirse a las galeras maltesas y pontificias. Sin embargo, la dilación de la partida ocasionó la falta de utilidad del socorro español. Cuando las galeras de la Monarquía se unieron a las de la Santa Sede y las de Malta, la estación estaba muy adelantada, lo que motivó la decisión conjunta de emprender el viaje de vuelta por varias razones: en primer lugar, debido a que las galeras pontificias se hallaban sin fuerzas militares porque las habían destinado a Candía en virtud de la petición de Francesco Morosini; en segundo lugar, por el retraso en la llegada de las galeras de la Monarquía; y por último, por las diferencias surgidas entre las galeras maltesas y la plaza de Candía por la cuestión de protocolo en relación al saludo. Las cuatro escuadras regresaron juntas hasta la zona del Adriático, donde se separaron. Las sicilianas y napolitanas tomaron el camino de Gallipoli y Tarento, llegando a Siracusa el 2 de octubre. Por su parte, las de Malta y la Santa Sede se dirigieron hacia Malta⁷⁹.

A finales del año 1668, el embajador español hacía referencia al mal estado del frente veneciano que había dado lugar al inicio de las negociaciones entre Francia y Venecia para la concesión de una ayuda. Según Gaspar de Teves, Luis XIV enviaría a Candía unos 20.000 hombres a cambio de que la república le concediese la plaza de Canea o la de Cefalonia en caso de obtener algún éxito. El embajador desconfiaba de una resolución de este tipo, aunque mantenía su intención de indagar en la evolución de la propuesta. Mientras tanto, la Serenísima hacía un nuevo llamamiento a la Monarquía Hispánica para la aprobación de las galeras de Nápoles y de Sicilia en la primavera de 1669⁸⁰.

A principios de 1669, el cardenal de Aragón manifestaba en una carta a la reina las peticiones del nuncio de la Santa Sede, quien tras hacer referencia a la convulsa situación en Candía, requería la colaboración de las escuadras de Sicilia y de Nápoles. El cardenal de Aragón se había visto obligado a exponerle el estado de

⁷⁸ A.G.S., Estado, leg. 3.491, doc. 70.

⁷⁹ A.G.S., Estado, leg. 3.491, doc. 105; leg. 3.562, docs. 215 y 216; leg. 3.042, doc. Madrid, 11 de octubre de 1668; SETTON, Kenneth M., *op. cit.*, pp. 203-204; ANDERSON, R. C., *op. cit.*, pp. 180-181.

⁸⁰ A.G.S., Estado, leg. 3.563, docs. 3 y 8.

la Monarquía Hispánica, centrada en aquellos momentos en aclarar las intenciones de Luis XIV. Por ello, afirmaba que el envío sólo se produciría tras comprobar que el soberano francés no tenía pretensiones expansionistas en detrimento de los dominios españoles. Además, añadía que sería necesaria para la defensa de los virreinos la conservación de dos galeras de cada una de las escuadras. Por tanto, en el caso de cumplirse la anterior premisa, la Monarquía Católica aprobaría la asistencia de las galeras de Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Génova⁸¹.

En el mes de marzo, el marqués de Astorga, embajador en la Santa Sede, comunicaba a la reina el cumplimiento de la orden por la que debía transmitir al pontífice la resolución final de contribuir con las cuatro escuadras a la defensa de Candía. Sin embargo, en la misma carta, el embajador encontraba una dificultad a la ejecución de dicho planteamiento, pues la remisión de las galeras de la Monarquía podía provocar un conflicto de concurrencia con las de la armada francesa, destinadas también a Creta. La solución a dicho problema fue proporcionada por Su Santidad. El Papa propuso el canje de las galeras por el suministro de dinero o de tropas⁸².

La situación se fue complicando paulatinamente. En abril, el duque de Alburquerque denegaba al duque de San Germán, virrey de Cerdeña, el traslado de las galeras sicilianas al reino sardo con objeto de continuar con la estabilización del virreinato. La negativa se basaba en las órdenes recibidas por el virrey en el mes de marzo. Mariana de Austria le había mandado el apresto de su escuadra y su unión a las de Nápoles, Cerdeña y Génova con el fin de socorrer a la Serenísima⁸³.

Sin embargo, el destino final de las escuadras italianas fue muy distinto. En la consulta del 26 de abril, el Consejo de Estado analizó una serie de cartas de Pedro de Aragón y del marqués de Astorga. En ellas, el embajador comunicaba a la reina que Clemente IX, conocedor de la noticia de que Luis XIV enviaría a Candía veinte navíos, había concedido el estandarte pontificio a la armada francesa. Por su parte, Pedro de Aragón ante la proposición del pontífice de efectuar un cambio en el socorro de la Monarquía, procedía a la descripción detallada de las asistencias con las que Nápoles podía contribuir. No obstante, el Consejo de Estado veía como un desprecio la propuesta, pues según sus miembros, la Santa Sede había empleado los pretextos de la dilación en la remisión de las galeras y de los problemas de concurrencia con la armada francesa como excusa para justificar la concesión del estandarte pontificio a Francia. Según el Consejo, la declaración papal constituía un ejemplo de la inclinación del pontífice hacia la Corona francesa dado que el retraso de las galeras, según argumentaba Roma,

⁸¹ A.G.S., Estado, leg. 3.043, doc. Madrid, 2 de enero de 1669; leg. 3.563, docs. 10 y 38.

⁸² A.G.S., Estado, leg. 3.043, doc. Roma, 25 de marzo de 1669. Carta del marqués de Astorga a Mariana de Austria; doc. Roma, 25 de marzo de 1669. *“Traducción de Breve de Su Santidad dado en Roma a 25 de Março 1669 en que pide a Su Magestad supla (en caso que se retarde) el socorro de las Galeras para Candía con otro considerable, u de dineros, u de Tropas militares, o en otra manera”*.

⁸³ A.G.S., Estado, leg. 3.492, doc. 57.

era falso a tenor de las informaciones que manejaba la Monarquía española. Las galeras genovesas estaban preparadas y posiblemente ocurriese lo mismo con el resto. Además, el canje no parecía factible porque el gasto efectuado había sido elevado y no se podía emplear el resto de los recursos de la Corona, ya que resultaban necesarios para cubrir otros intereses de la Monarquía⁸⁴.

No obstante, se aprobaba el socorro prometido por Nápoles: mil barriles de pólvora, cuatrocientos fardos de cuerda, cinco mil balas de artillería, la extracción a cargo de la real hacienda de doscientos caballos y la cebada necesaria para los mismos, y la gente de guerra que quisiera servir voluntariamente en Candía. A ello se unirían, el grano y la pólvora sicilianos. Por último, las galeras de Nápoles, Sicilia y Cerdeña se reservarían a la lucha contra el corso en aguas italianas y las genovesas pasarían a Barcelona para ejecutar el traslado del nuevo gobernador de Milán⁸⁵.

Pese a estas ayudas, la república continuaba solicitando mayores socorros. El 15 de junio de 1669, el Consejo de Estado desestimó la petición de envío del regimiento de alemanes de Milán a Candía⁸⁶. El estado lamentable de la defensa veneciana justificaba la reiterada solicitud de socorros y la negociación con el Imperio Otomano de los términos de un hipotético tratado de paz. De hecho, a principios de agosto, Gaspar de Teves participaba a la reina sus sospechas acerca de la inclusión de Francia en una posible paz con el sultán, pues el fin del conflicto en Candía podría beneficiar al rey francés al desplazarse las hostilidades a Hungría y con ello afectar al emperador Leopoldo I. En septiembre, el Consejo de Estado agradecía al embajador sus pesquisas y le recomendaba que evitase la filtración a Venecia del interés de la Monarquía en la continuación de la contienda⁸⁷.

A finales de agosto, el desenlace de la guerra estaba próximo porque la retirada de los franceses del frente había provocado la decisión de las fuerzas papales y maltesas de abandonar también la causa. Las negociaciones para la rendición de la plaza habían comenzado en el mismo mes. El 27 de septiembre, los otomanos entraban en la ciudad y comenzaba el recelo a un hipotético ataque otomano en la zona de Hungría o en el Mediterráneo Occidental⁸⁸.

Desde aquel momento, las relaciones entre la Monarquía Hispánica y la República de San Marcos sufrirían un importante cambio, pues la firma del tratado de paz con el sultán, dejaba a la Monarquía sin un aliado frente a una posible invasión de los dominios italianos. Por otra parte, las sospechas ante la posibilidad de una vinculación entre la república y la monarquía de Luis XIV,

⁸⁴ A.G.S., Estado, leg. 3.043, doc. Madrid, 26 de abril de 1669; JACOV, Marko, *op. cit.*, p. 111; ANDERSON, R. C., *op. cit.*, p. 181.

⁸⁵ *Ibid.*; leg. 3.563, doc. 43.

⁸⁶ A.G.S., Estado, leg. 3.563, docs. 48 y 49.

⁸⁷ A.G.S., Estado, leg. 3.563, docs. 70 y 71.

⁸⁸ A.G.S., Estado, leg. 3.563, docs. 83 y 101; MANTRAN, Robert (dir.), *op. cit.*, p. 244; y SHAW, Stanford J., *op. cit.*, p. 213.

incrementó la desconfianza que desde hacía tiempo había caracterizado las relaciones entre ambos territorios.

Conclusiones

Durante la segunda mitad del siglo XVII la diplomacia de la Monarquía Hispánica volvió la vista a lo sucedido en el Mediterráneo. La recuperación política, económica y militar del Imperio Otomano durante este tiempo, puso de manifiesto la amenaza que todavía suponía para este mar interior. Desde la llegada al poder del sultán Mehmet IV y, en especial desde la etapa de Köprülü Mehmet bajá como gran visir, se reorganizaron las fuerzas armadas y se obtuvieron nuevos éxitos militares.

Durante el siglo XVII, la República de San Marcos había mantenido una política de equilibrio entre las dos grandes potencias mediterráneas: el Imperio Otomano y la Monarquía Hispánica. Sin embargo, desde 1645, dicha tendencia cambió al verse inmersa en una guerra contra el Turco por el control de la isla de Candía. Este baluarte de la Cristiandad fue considerado por la Sublime Puerta un enclave esencial para su comercio en el Mediterráneo oriental.

La guerra de Candía condicionó las relaciones internacionales entre la Monarquía Católica y la República de Venecia durante los primeros años del reinado de Carlos II. La Monarquía española, consciente de la importancia de la república frente a la expansión otomana, desarrolló entre 1665 y 1669 una diplomacia basada en la aportación de recursos humanos y logísticos a la república con un doble fin: en primer lugar, vincular a la Serenísima con la lucha frente a los otomanos, evitando la hipotética pérdida de *un antemural de la Cristiandad*; y, en segundo lugar, evitar a toda costa la firma de un tratado de paz entre Venecia y Constantinopla, debido a que podía provocar el desplazamiento de las hostilidades a los dominios italianos de la Monarquía o a la frontera con el Sacro Imperio.

Sin embargo, las acciones desplegadas por los embajadores españoles en Venecia no obtuvieron el resultado deseado. Los esfuerzos de los enviados para coordinar la ayuda española en la defensa de la isla y potenciar la posibilidad de la propuesta de una liga antiturca por parte de la Santa Sede o la República de San Marcos, no evitaron la pérdida de Candía en 1669.

Desde aquel momento se produciría un cambio en las relaciones que estas dos potencias mantendrían hasta el final de la regencia de Mariana de Austria. La Corona española contaba con un aliado menos frente a la expansión otomana en el Mediterráneo occidental y se vería obligada a incrementar sus medidas defensivas ante los continuos avisos de un hipotético ataque turco a sus posesiones italianas. Por otra parte, la diplomacia con Venecia estuvo marcada por los intentos de la Monarquía Hispánica de incluir a la república en una liga italiana contra la política expansionista de Luis XIV en el ámbito italiano.